La calle para el miércoles 16 de julio de 2008
Diario de un espectador
Cármenes
por miguel ángel granados chapa

Como decía Adolfo López Mateos de los libaneses, quien no haya tenido una Carmen en sus proximidades, que se consiga una. Con cercanía real o virtual, mayor o menor, nuestro entorno ha contado siempre con Cármenes. Evocamos algunas de ellas en este 16 de julio, su día onomástico.

Carmen Alvarado fue nuestra maestra. Formalmente, de tercero y cuarto grado en la escuela primaria. Pero vitalmente superó esa condición. Aunque parezca extraño decirlo, fue nuestra amiga. No suplió, ni pretendió hacerlo a nuestra madre, que la tuvimos en grado suficiente. Pero su compañía completaba la entrañable presencia materna. Por eso, a instancia nuestra, se hicieron comadres, pues la profesora Alvarado accedió a ser nuestra madrina de primera comunión. En inolvidables tardes nos fue dable leer, en su casa, los volúmenes mayores de México a través de los siglos, que hicieron aflorar nuestra pasión por las letras y por la historia, dedicación que advirtió esa eximia primera Carmen en la vida de todos los días.

También a la infancia corresponde el recuerdo de Carmen Barquín. La mitología del vecindario dio en decir que era nuestra novia, aunque la verdad es que jamás cruzamos palabra. Era la hija menor del matrimonio de Mateo y Aurora, que formaron una de las cuatro familias pudientes en la colonia Morelos (las otras eran los Zamora, los Márquez y los Madariaga). Los Barquín organizaban cada año una posada en la cochera de su domicilio, residencia tan grande que iba de una calle a otra (Héroes de Chapultepec a Primero de mayo), en que abrían la casa a quien quisiera acudir. Tal vez en una de esas ocasiones un acercamiento, un guiño, un gesto de amabilidad de “La pido” como era apodada esa Carmen, generó la falsa creencia de un noviazgo que nunca se esbozó siquiera.

Un noviazgo de una Carmen con un Granados fue verdadero en el caso de nuestro hermano menor Armando Vicente, que se casó con Carmela Lozano, de cuya amorosa unión brotaron seis frutos, dos varones, Armando y Edgar, y cuatro mujeres, Belén, Claudia, Miriam y Selene, pródigas ellas en nietos a los que Carmela pudo ver crecer antes de su infausta muerte, precedida para su desgracia de enfermedades y disminuciones que en nada mereció.

Ya adulto, fue nuestra compañera en la Escuela nacional de ciencias políticas y sociales de la UNAM Carmen Cano, socióloga casada con otro miembro de esa profesión, Raúl Béjar, que hizo carrera en la docencia, la investigación y la administración universitaria. A otra época de esa ahora facultad pertenece Carmen Guitiáin, llamada la Beca, a quien con razones bastantes cercaban los jóvenes reporteros egresados contra su voluntad de Excélsior y fundadores, con toda su voluntad, de Proceso.

Carmen Gaitán Rojo fue editora de algunos de nuestros primeros libros, los publicados en los ochentas por Océano. Su innato cosmopolitismo la llevó a residir en París y en Teherán y su sensibilidad la acercó a don Fernando Gamboa, que la inició en tareas de promoción cultural en que ha sobresalido antes y durante su dichosa unión con Federico Campbell.

Hace quince años la abogada Carmen Quintanilla Madero era directora de derechos de autor en la Secretaría de educación pública. Pudimos con el tiempo establecer un vínculo que permitió conocer de cerca la evolución y consolidación de sus intereses. Los artísticos la llevaron a la fotografía y la escritura, donde su estilo ha brillado en la poesía, la narración breve y la novela. Su carrera jurídica en el gobierno, como directora general de normas y como secretaria técnica del CONACULTA se completó con la reciedumbre de su carácter que la llevó a marcharse de cargos relevantes cuando su dignidad se lo dictó,

Carmen Aristegui, en fin, es visible de lunes a viernes en CNN en español.